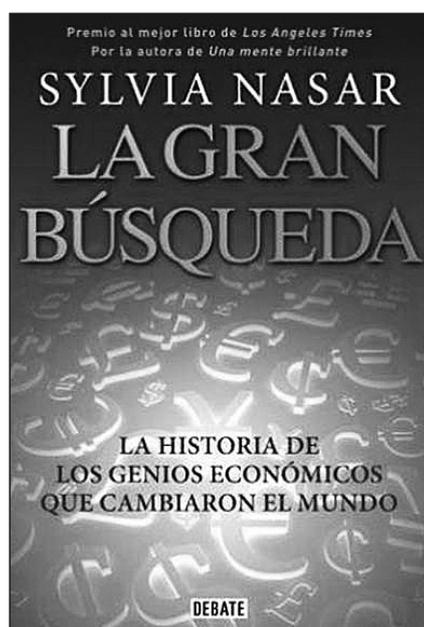


NOTA CRÍTICA

LA GRAN BÚSQUEDA LA HISTORIA DE LOS GENIOS ECONÓMICOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

Sylvia Nasar

Editorial Debate, 2012



En términos de la autora, este no es un libro de historia económica, sino la recopilación de las contribuciones de algunas de las mentes más brillantes para buscar los instrumentos intelectuales que permitan resolver lo que Keynes definía como el problema político de la humanidad, que consiste en «cómo combinar tres cosas: la eficiencia económica, la justicia social y la libertad individual».

La autora ha elegido a los economistas que considera dedicaron

más esfuerzos en este sentido, a los que tuvieron resultados más destacados y, probablemente, a aquellos sobre los que contaba con mayor documentación. En cada caso, consigue una exitosa inserción del economista en su entorno histórico y social, lo que nos hace entender los problemas a los que se enfrentaba y que pretendía ayudar a resolver. No sigue la estructura clásica de un relato histórico, sino que lo divide en tres actos (esperanza, miedo y confianza), con una técnica de movimientos adelante y atrás en el tiempo.

El libro comienza con una breve referencia al debate en la Inglaterra de los años cuarenta del Siglo XIX, sobre el control de la población para evitar la pobreza generalizada y el hambre, cuyo protagonista es Robert Malthus, un clérigo con mente matemática y pocas esperanzas de conseguir dominar la irrefrenable tendencia de los seres humanos a multiplicarse.

Posteriormente, entran en escena Karl Marx y Friedrich Engels en el contexto de la espectacular revolución industrial que se estaba gestando en Europa, y que para ambos autores estaba teniendo consecuencias devastadoras para los trabajadores. La autora describe sus encuentros e interés por las aportaciones de otros autores contemporáneos, hasta llegar al «Manifiesto» conjunto en el que razonan las disfuncionalidades del capitalismo. Aun con la desorde-

nada vida personal de Marx, y su patrón de vida burgués a pesar de no ingresar recursos por su dedicación plena a terminar «El capital», este contó hasta su publicación con el apoyo de su amigo Engels.

Ya entrada la segunda mitad del Siglo XIX, Alfred Marshall, un joven de mente matemática pero preocupado por los temas sociales, defendió que los mayores salarios incrementarían la productividad de los trabajadores al estar mejor alimentados y que, a pesar de que los sindicatos tenían fallos, fomentarían la educación y la prosperidad en Inglaterra. Investigó en detalle las condiciones de trabajo en las fábricas, concluyendo que los empresarios, al buscar beneficios, hacían a las empresas más competitivas, aumentaban la productividad, los salarios y, por tanto, el nivel de vida. En su obra «Principios de economía» defendió el sistema de la propiedad privada y la competencia, desbordando optimismo por la capacidad de mejora del ser humano y de sus circunstancias. Consideraba la empresa como la pieza central de todas las instituciones sociales, no solo como principal creador de riqueza, sino de cambio social.

Menos conocidos son los economistas Beatrice y Sydney Webb, sobre los que la autora narra su identificación con el socialismo, y su convicción de la necesidad de aportar conociemien-

to a los Gobiernos democráticos, que les llevó a fundar la London School of Economics. Este *think tank* se convertiría en un salón político por las noches con la presencia de figuras como Bertrand Russell, George Bernard Shaw o Winston Churchill. Beatrice y Sydney Webb defendieron un Estado «doméstico» que, contrariamente al socialista, fuera compatible con el libre mercado y con la democracia. Con la entrada de Churchill en el Gobierno en 1908, la influencia de los Webb se dejaría ver en su agenda de reformas sociales. Su informe sobre las minorías se considera la semilla del moderno Estado del bienestar.

El fulgurante desarrollo de la economía y la explosión de la actividad científica en EE UU es el entorno en el que desarrolla sus contribuciones Irving Fischer, matemático con interés en ampliar su conocimiento hacia la «ciencia de la riqueza». Construyó un modelo del conjunto de la economía, donde se calculan los precios de equilibrio del mercado resultantes de la oferta y de la demanda. Su tesis doctoral dio lugar a «Las investigaciones matemáticas en la teoría del valor y de los precios», obra que según Paul Samuelson es «la mejor disertación doctoral en economía jamás escrita». Al casarse con una rica heredera inició una serie de viajes por Europa, lo que le permitió intercambiar ideas con los economistas más

brillantes del momento: Carl Menger, Leon Walras, Vilfredo Pareto o Alfred Marshall. La depresión que asoló a la economía americana desde 1894 abrió un intenso debate sobre la política monetaria, y aunque Fischer decía tener pocas convicciones políticas, consideraba que al ser profesor universitario en Yale, se esperaba de él que tuviera una opinión. Defendió vivamente el patrón oro, aunque los descubrimientos de este metal entre 1880 y 1890 permitieron una expansión de la oferta monetaria y un período de deflación que llevó a EE UU a abandonar este régimen monetario. La larga lucha que mantuvo con la tuberculosis le hizo gran defensor de la salud pública, de una fuerte regulación gubernamental y de la creación de una red de bienestar. Denunció la «ilusión monetaria», dado que los cambios en los precios, tanto la inflación como la deflación, y las variaciones de tipos de interés, llevaban a la gente a tomar malas decisiones. Fue el primer autor en darse cuenta del poder del dinero sobre la economía real y de cómo el Gobierno podía incrementar la estabilidad gestionando mejor la oferta monetaria.

La autora dedica el siguiente capítulo a Joseph Schumpeter, en el entorno de una Viena plena de modernidad, dinamismo económico e impulso científico. Interesado desde la Universidad en la teoría económica, quiso explicar

el proceso que da lugar a la mayor productividad, complejidad y especialización económica. Así, el desarrollo no solo implicaba que la economía se estaba haciendo más grande, sino que su estructura estaba cambiando con el objetivo último de aumentar el nivel de vida de los ciudadanos. Acuñó el término de *destrucción creativa* para describir la innovación permanente como característica distintiva del capitalismo. Ello dependía del empresario, cuya función era revolucionar el patrón productivo explotando las posibilidades tecnológicas. Para lo que se requiere un entorno con derechos de propiedad y libre comercio, pero sobre todo abundante capital a bajo coste.

El inicio de la Primera Guerra Mundial abre un escenario de incertidumbre que horroriza a Schumpeter, que abogó por un acuerdo de paz de Austria con los Aliados y una alianza posterior con Inglaterra. En el mismo contexto, John Maynard Keynes intervino activamente trabajando para el Tesoro británico, buscando soluciones para financiar la guerra sin poner en peligro a la divisa más segura ni la supremacía mundial británica como banquera del mundo. Ambos intentaron convencer a sus respectivos Gobiernos de que para superar las devastadoras consecuencias del conflicto era necesario que las reparaciones de guerra sobre los perdedores no

fueran excesivas, que se estabilizaran las monedas nacionales y el flujo crediticio, al tiempo que se eliminaban las barreras comerciales. Interesante y poco conocida es la participación de Schumpeter en el Gobierno socialista de Berlín, que le llevó a participar en la redacción de informes sobre cuestiones como la nacionalización de las empresas, siempre desde un punto de vista técnico. Luego fue ministro de finanzas en Austria, enfrentándose a un elevado endeudamiento que él confiaba en afrontar con las posibilidades de crecimiento del país. Las duras condiciones impuestas a Austria en el Tratado de Versalles, iguales a las de Alemania, hundieron la credibilidad de Schumpeter, al que además se le añadieron acusaciones de sabotaje al impedir la socialización de industrias básicas del país, que le llevaron a su dimisión. Su convencimiento de que la política monetaria no podía hacer nada para combatir las fases depresivas del ciclo se intensificó con el tiempo.

Keynes se revelaría como un genio desde su adolescencia, y desde que tenía 20 años era el mayor experto de Gran Bretaña en divisas. Optimista incorregible, creía que la Gran Guerra duraría unos pocos meses, si no semanas, y convenció a Lloyd George para que no suspendiera la convertibilidad de la libra. Vivió intensamente las negociaciones en la

Conferencia de Paz de París, con «una profunda dedicación a los problemas del mundo y un odio a fracasar en impedir un previsible desastre». Defendió el perdón de la deuda por los vencedores y moderadas reparaciones a los vencidos, pero acabó dimitiendo en protesta por la negativa de los Aliados de intentar la recuperación europea en el Tratado de Versalles. Luego se dedicaría, como se describe en un capítulo posterior, a la política monetaria, intentando probar que se podía controlar la inflación y la deflación con un adecuado control del dinero. La autora también describe su intensa vida personal, desde su pasión por la pintura hasta su homosexualidad y su decisión de casarse con una bailarina rusa.

Cuando se produjo la caída de la Bolsa en 1929, Keynes utilizó todos los medios periodísticos en defensa de la rápida intervención monetaria para estabilizar la economía. Consiguió influir en la Administración de Hoover para que realizara obras públicas que evitaran la recesión, y en la británica para que se devaluara la libra un 30 por 100 y suspendieran los pagos en oro, coincidiendo con el criterio de Fischer que presionaba en el mismo sentido a la Administración americana. Ambos autores intentaron influir en Roosevelt para que estabilizara la economía antes de aplicar sus reformas sociales, insistiendo en

el abandono del patrón oro, que efectivamente decidió en 1933. Con la publicación de su «Teoría general del empleo, del interés y del dinero», Keynes insistió en la incapacidad de la política monetaria para resolver la dura depresión y la necesidad, en cambio, de promover el consumo y el empleo con menores impuestos y, sobre todo, mayor gasto público. Fischer y Keynes sufrieron personalmente los daños de la crisis, pues el primero se arruinó completamente, y el segundo, aunque recuperó las pérdidas de sus inversiones en bolsa, dejó la actividad pública tras un ataque al corazón en su despacho.

La falta de una teoría exitosa para explicar la crisis en los años treinta dio lugar a dos escuelas entre los economistas ingleses: los discípulos de Keynes en la escuela de Cambridge y los liberales, liderados por Robbins, en la London School of Economics, seguidor de los argumentos de Von Mises en la escuela de Viena y que rápidamente fichó a su protegido Hayek. Este estaba investigando sobre el ciclo de negocios y había predicho correctamente el *crash* de 1929. Junto a Von Mises, había desarrollado una teoría culpando de las depresiones a la excesiva creación de dinero y a los bajos tipos de interés. Sus clases en Londres fueron «una sensación» por su defensa de las políticas liberales

y del libre comercio, el respeto a los derechos de propiedad y el enfoque de que las recesiones se resuelven por sí mismas. Sin embargo, su éxito fue eclipsado por la publicación de la «Teoría general de Keynes».

La Gran Depresión que asoló a las economías occidentales llevó a algunos economistas, como los Webb, a acercarse a la «nueva civilización» que nacía en la Unión Soviética. Destacó la discípula de Keynes, Joan Robinson, quien, procediendo de una familia adinerada, quería entender la pobreza y el desempleo que observaba. Entró en contacto con otros economistas como Sraffa y Kahn, que se convertiría en su amante, al tiempo que desarrollaba con él teorías sobre la competencia imperfecta. En un capítulo posterior, la autora describe la fascinación de Robinson por el sistema socialista soviético y chino, aunque ella defendía para Occidente una mezcla entre la planificación y el control de la demanda, con políticas keynesianas de impuestos y subsidios.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial pondría a Keynes y a Hayek en el mismo lado del debate político. El alto endeudamiento del Gobierno británico y la política monetaria expansiva estaban provocando una elevada inflación. Keynes propuso aumentar los im-

puestos de la renta y del ahorro para combatir el déficit, recibiendo el respaldo de Hayek. Keynes, con un débil estado de salud tras el ataque al corazón fue, a pesar de ello, responsable del Tesoro británico y del apoyo a Churchill en este ámbito durante el conflicto bélico. En 1941, los economistas keynesianos se habían incorporado en todos los niveles de la Administración americana, dominando todas las agencias responsables del *New Deal*. Milton Friedman, licenciado por Chicago, quien lideraría la escuela monetarista antikeynesiana, estaba entonces entre esos jóvenes, trabajando en el Tesoro.

La Segunda Guerra Mundial dejó a Schumpeter y Hayek en un período de inactividad intelectual, el primero aumentando sus tendencias depresivas y su pesimismo sobre el capitalismo, y el segundo sufriendo por un matrimonio infeliz, por una sordera temprana y por la emigración de intelectuales de Viena. Pero consiguió escribir su obra más famosa, «Camino a la servidumbre», defendiendo los mercados, la libre competencia y el libre comercio, que le convirtió en una celebridad. Él y Keynes nunca resolvieron su debate sobre cuánta intervención gubernamental es compatible con una sociedad libre, pero Keynes le propuso como miembro de la Academia británica y

expresó en público su gran admiración por él.

El final del conflicto bélico llevó a la necesidad de la cooperación internacional, destacando el conocido papel de Keynes en la conferencia de Bretton Woods. Siguiendo su misma orientación, Samuelson lideraría un grupo de economistas buscando soluciones para la economía postbélica, integrando la nueva economía keynesiana con la herencia de Marshall, la síntesis neoclásica.

El último capítulo se dedica a una breve referencia a Amartya Sen quien, a partir de la experiencia vital en su originaria India y su educación occidental, ha cuestionado prácticamente todos los aspectos del pensamiento económico contemporáneo. Interesado sobre todo por la medición del bienestar y del progreso, ha incorporado una visión ética a la discusión de los problemas económicos.

En resumen, este libro, muy bien documentado, tiene la característica diferencial de darnos detalles personales de los economistas más influyentes de la historia de la ciencia social económica, transmitiendo una visión entusiasta de esta profesión, para explicar la realidad y tratar de influir en la mejora de las condiciones de vida.

Ana de Vicente